

LUIS BLANCO

Lectores infantiles (I)

La afición a la lectura



¿Es posible describir, a la manera de un proceso sucesivo y mensurable, el desarrollo de una afición, en este caso el de la afición a la lectura?

¿En qué medida las lecturas infantiles crean en el lector expectativas de vida o le ayudan a la elaboración de los primeros proyectos de futuro?

No se trata, en realidad, de dos temas sino de dos aspectos particulares del mismo tema general que, una vez más, por razones de edición, distribuiremos en dos números de P.M.

Vamos ahora, pues, con la afición a la lectura.

Lo que sigue en estas páginas no es, desde luego, una escala pormenorizada de las distintas etapas por las que deba pasar un niño para acceder a ese estado gratificante donde comienza y donde posteriormente arraiga eso que llamamos *la afición a la lectura*. Se trata más bien de una serie de opiniones, recuerdos a bote pronto o divagaciones de un grupo de alumnos (3.º de B.U.P. y C.O.U.) en torno a esta pregunta: *¿Dónde situas el origen de tu afición a la lectura?* (libros, personas, ocasiones). Los interlocutores son, efectivamente, buenos lectores y es probable que lo sigan siendo en el futuro.

Las respuestas aparecen en este artículo escalonadas en un cierto orden con el que los interlocutores estaban fundamentalmente de acuerdo si bien dejándolas abiertas a las salvedades oportunas; por ejemplo, no todos atribuyen importancia particular a lo que aquí constatamos como primeras etapas del proceso; en cambio han valora-

do otras etapas posteriores, más adultas si se quiere, como decisivas, en concreto la iniciación a la lectura o a la literatura en general de la mano de un profesor o profesora, el trabajo sobre determinados libros o autores, los intereses culturales del grupo en el que uno se mueve. A los tanteos que preceden a estas etapas más maduras, lo mismo que a los garrapateos de la primera escritura, no les prestan demasiada atención al no tener una conciencia suficientemente refleja de su función en el proceso.

Por otra parte, la fijación de una escala de este tipo estaría siempre en tela de juicio por parte de todos los que se la saltan (¿de verdad son tan pocos?), los que en otra parte de este artículo llamamos los precoces, o los intuitivos o los imprevisibles, o sea los que nunca faltan a la hora de hacerle agujeros a cualquier intento de sistematización y todo lo estropean a Dios gracias.

Los orígenes de la afición

Estos son, por consiguiente, los datos más generales con los que vamos a intentar una somera descripción de lo que queríamos saber: *¿Dónde situas el origen de tu afición a la lectura?*

1.—Primacía e importancia del relato oral. El niño se interesa no sólo por la historia y sus personajes sino por el ritmo de lenguaje; cadencia del relato, frases que permanecen como estereotipos en sucesivas repeticiones del mismo, juegos de palabras, etc.

La presencia del libro, si el relato está tomado de un texto, sólo tiene importancia en sus ilustraciones como constatación, para el niño, de que los personajes «están allí». El libro es un lugar de reconocimiento.

2.—El niño no quiere que le cuenten el cuento sino que se lo lean. Es capaz

de memorizarlo, sabe en qué momento preciso hay que cambiar de página, no tolera añadidos ni variantes a los que se prestaba el relato oral, de lo contrario el cuento no sólo pierde su ritmo sino su «credibilidad». El niño es un lector «de oído».

3.—El libro como juego. Libros con actividades manuales, visuales, auditivas («Cuando suene el tilin del hada «Campanilla» tienes que pasar página»); los desplegables en páginas interiores como puesta en escena del cuento. El libro es, ante todo, manipulable.

4.—Los cuentos infantiles. El niño empieza a leer por su cuenta sin tener que depender de un lector o un narrador; los cuentos son ahora repetibles a su antojo. Posibilidad de ir creando sus tiempos y su ritmo de lectura. Etapa que se ha llamado del «amueblamiento mítico» de la imaginación. El libro es casi mágico.

5.—Descubrimiento del «cómic» de aventuras (para distinguirlo de la historieta) con sus personajes fijos en cada entrega, su mayor complejidad narrativa, su ritmo emocional y la propuesta de fuertes motivos para la identificación imaginativa y afectiva del lector con lo que lee y ve. Descubrimiento más o menos simultáneo de algunos textos clásicos del género.

6.—Descubrimiento de algunas colecciones y algunos autores donde el lector sabe que le ofrecen lo que busca o lo que le gusta. Se van, pues, marcando algunas preferencias dentro de su reducido margen de elección.

7.—Libros/juego para adolescentes. A juicio alguno de los interlocutores, este tipo de libros/juego, distintos de los que se citan en el n.º 3 por su carácter más «intelectual», no cuidan demasiado la calidad literaria y el lector se

queda más bien en jugador. Sin embargo, alguien apuntaba que una de las oportunidades del juego es hacer participar al lector en la creación de la intriga y de la estructura más o menos azarosa del relato, lo cual constituye un buen incentivo para la imaginación creativa y para valorar la coherencia de cada solución o «salida» que se proponga.

8.—Importancia de la figura del profesor coincidiendo con el descubrimiento inicial del panorama de la Literatura y el mundo de la creación literaria. El profesor como animador, y no

como mero «enseñante», propone lecturas, lee en clase (y es buen lector), enseña a leer y a trabajar creativamente sobre lo leído. Es, para muchos, el verdadero momento de la iniciación.

9.—Coincidencia de aficiones comunes: «A mis amigos también les gusta el cine, la música, las lecturas». Intercambio de libros y opiniones. Interés por las actividades culturales en agrupaciones juveniles: biblioteca, grupo de teatro, grupo de periodismo. La actividad creativa como incitación a la lectura y al descubrimiento y utilización de los recursos literarios.

10.—Progresiva especificación de preferencias tanto respecto de los distintos géneros literarios (poesía, novela, teatro) como de los autores. El alumno dedica una parte, o a veces la mayor parte, del dinero de que dispone a su pequeña biblioteca personal. Horarios más amplios de lectura aprovechando vacaciones, etc.

11.—Maduración de la capacidad lectora con un mayor sentido crítico y analítico; ulterior especificación de nuevas preferencias como pueden ser la filosofía o la historia.

Los precoces

«Tal vez sólo en la infancia los libros ejercen una influencia profunda en nuestra vida. En la vida posterior los admiramos, nos entretienen, podemos modificar criterios que ya sustentamos, pero es más probable que encontremos en los libros únicamente una confirmación de lo que ya ocupa nuestra mente: como en una relación amorosa, son nuestros propios rasgos los que vemos reflejados halagadoramente (...).

Recuerdo claramente la celeridad con que una llave giró en una cerradura y descubrí que sabía leer, no sólo las frases de un catón con las sílabras acopladas como vagones de tren, sino un libro de verdad.

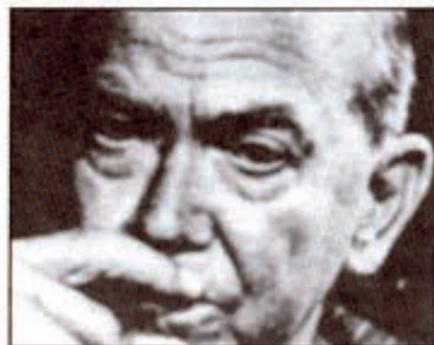
Tenía una portada con el dibujo de un chico atado y amordazado, colgando del extremo de una cuerda en el interior de un pozo con el agua más arriba de la cintura: una aventura de Dixon Brett. Guardé mi secreto durante unas largas vacaciones de verano, según creí: no quería que nadie supiese que sabía leer. Supongo que semiconscientemente comprendí que aquel era el momento peligroso. Estaba a salvo siempre que pudiera leer —las ruedas no habían comenzado a girar, pero ahora el futuro se alineaba en derredor, en múltiples estanterías a la espera de que el niño eligiera— la vida de un perito mercantil quiza, de un funcionario colonial...

Supongo que mi madre debió de descubrir mi secreto, porque a la vuelta a casa me regalaron para el tren otro libro de verdad, un ejemplar de «Isla de coral» de Ballantyne, con una sola ilustración que contemplar, un frontispicio de colores. Pero yo no me delaté. Durante el largo viaje miré la única estampa y no abrí para nada el libro.

Pero en los anaqueles de casa (muchísimos, porque éramos una familia numerosa) me esperaban los libros, uno en concreto, aunque antes de cogerlo me

permití elegir del estante unos cuantos al azar. Cada uno era un cristal donde el niño soñaba que veía la vida en movimiento.»

(Graham Greene. «La infancia perdida y otros ensayos». Seix Barral.)



«Empecé mi vida como sin duda la acabaré: en medio de libros. En el despacho de mi abuelo había libros por todas partes; estaba prohibido limpiarles el polvo salvo una vez por año, en octubre, antes del comienzo de las clases. No sabía leer aún y ya reverenciaba esas piedras levantadas: derechas o inclinadas, apretadas como ladrillos en los estantes de la biblioteca o noblemente espaciadas formando avenidas de menires; sentía que la prosperidad de nuestra familia dependía de ellas. Se parecían todas; yo retozaba en un santuario minúsculo, rodeado de monumentos rechonchos, antiguos, que me habían visto nacer, que habían de verme morir y cuya

permanencia me garantizaba un porvenir tan tranquilo como el pasado. Yo los tocaba a escondidas para honrar a mis manos con su polvo, pero no sabía qué hacer con ellos (...).

En la habitación de mi abuela los libros estaban echados; se los prestaban en una biblioteca y nunca vi más de dos a la vez. Esas baratijas me hacían pensar en los confites de Año Nuevo porque sus hojas flexibles y con reflejos parecían recortadas en papel «glace». Vivas, blancas, casi nuevas, servían de pretexto para unos ligeros misterios. Todos los viernes mi abuela se vestía para salir y decía: —«Los voy a devolver»; a la vuelta, después de haberse quitado el sombrero negro y el velo, los sacaba de su manguito y yo me preguntaba chasqueado: —«¿Son los mismos?». Ella los furraba cuidadosamente y luego, tras haber elegido uno de ellos, se instalaba junto a la ventana, en la poltrona, se calzaba las gafas, suspiraba de felicidad y de lasitud, bajaba los párpados con una fina sonrisa voluptuosa que después encontré en los labios de la «Gioconda»; mi madre se callaba, me pedía que me callase (...).

Yo aún no sabía leer pero era ya lo bastante «snob» como para exigir mis libros. Mi abuelo se fue a ver al picaro de su editor e hizo que le diesen «Les Contes» del poeta Maurice Bouchor... Yo quise empezar enseguida, cogí los dos pequeños volúmenes, los oli, los palpé, los abrí cuidadosamente por «la página buena» haciendo que crujiesen. Era en vano: no tenía el sentimiento de poseerlos. Sin lograr mayor éxito. Intenté tratarlos como muñecas, los mecí, los besé, les pegué. A punto de echarme a llorar, acabé poniéndolos rodillas de mi madre. Ella levantó la vista de su labor: —«¿Qué quieres que te lea, queridín? ¿«Las Hadas»? Yo pregunté incrédulo: —«¿Están las hadas ahí dentro...?».

(J. Paul Sastre. «Las palabras». Ed. Losada)